

una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me habla con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía: «Soy tuya, eres mio, soy la locura!»

¡Loco!... ¡El loco en el cuartucho oscuro del manicomio, oloroso á ratón, envuelto en la camisa de fuerza! el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una precisa y razonada monografía...

¿Loco? . . . y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande, para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

PLUMAS AJENAS



LEYENDO Á SILVA

VESTÍA traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,
y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,
sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apelles:

era un lindo manojito que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;
sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

ó trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se via allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,
ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas gullas de un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres
cruzaban en silencio figuras de mujeres
que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al plano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una á una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer rúido písara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el *Nocturno*

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian dos violines...

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca á su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió á la virgen pálida sobre el dorado piélagos,

que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la cifieron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

á ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba á Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... «Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja.»

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son *calino* y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubies
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos á ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en *El día de Difuntos*
despiertan con sus voces los muertos ceñijuntos,

lanzados en racimos entre las sepulturas
á beberse la sombra de sus noches oscuras...

...Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

jexangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un pígl de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
á la ideal Belleza del estigmatizado!...

Ambicionar las túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Luceia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer cefir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de agulla y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras á las etéreas salas;

oír los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

¡Oh Señor Jesucristo! ¡por tu herida del pecho
perdónalo! ¡perdónalo! ¡desciende hasta su lecho

de piedra á despertarlo! con tus manos divinas
enjuaga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho: circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del cespó Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza,
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!...

¡Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso.

¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza:
fué el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrió del vino amargo con que el dolor embriaga
y á los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!...

GUILLERMO VALENCIA.



JOSÉ A. SILVA

LEJOS de las paredes ennegrecidas
que guardan el silencio del camposanto,
lejos de las plegarias, lejos del llanto,
se ven las sepulturas de los suicidas.

De aquellos que, con almas engrandecidas
en luchas misteriosas, sin fe ni espanto,
deshojaron, en horas de hondo quebranto,
como flores siniestras sus propias vidas.

De aquellos que miraron entre aficciones,
caer descoloridas, una por una,
como cálices mustios sus ilusiones;

y que, al fin, á los golpes de infausta suerte,
madre y patria y amigos y gloria y cuna
olvidaron por irse tras de la muerte.

Allí no se ven hiedras ni siemprevivas,
allí no se ven aves ni mariposas;
hasta las mismas auras, que, silenciosas,
van en busca de esencias, huyen esquívas.

Allí no van los monjes; van las altivas
almas que sólo piden sueño á las fosas;
allí van los poetas de arpas ruidosas
y de frentes heladas y pensativas.

Allí no van los hombres vanos y oscuros,
no van allí los miopes de pensamiento,
ni menos los miedosos y los impuros;

allí van... los mordidos por los dolores,
los que muestran los puños al firmamento,
los Prometeos dignos de sus furores,

Y allí estás tú, dormido. Cuando caíste
en la calma suprema, lívido y yerto,
se cuajó entre tus labios fríos, de muerto,
una sonrisa amarga, burlona y triste.

¡Grande fué tu protesta! ¡Qué bien hiciste
en buscar en la sombra seguro puerto,
lejos de las arenas de este desierto,
del monótono ritmo de cuanto existe!

¡Cómo no huir del campo de la existencia
cuando el hado nos hiere, lleno de encono,
y sentimos el hielo de la impotencia!

¡Bien hiciste en matarte! Sirve de abono,
y, á la tierra, fecunda... Si no hay clemencia
para tí, nada importa: ¡Yo te perdono!

¿POR QUÉ SE MATÓ SILVA?

En lo más abrupto y alto
de un gran peñón de basalto,
detuvo un águila el vuelo:
miró hacia arriba, hacia arriba,
y se quedó pensativa,
al ver que el azul del cielo
siempre alejándose iba.

Escrutó la enorme altura
y, con intensa amargura,
sintió cansancio en las alas.
(¡En la glacial lejanía
el sol moría, moría,
entre sus sangrientas galas,
bajo la pompa del día!)

Y del peñón por un tajo,
miró hacia abajo, hacia abajo,
con desconsuelo profundo;
el ojo vivo y redondo
clavó luego en lo más hondo...
Y asco sintió por el mundo:
¡vió tanto cieno en el fondo!

Si huía el azul del cielo,
si hervía el fango en el suelo,
¿cómo aplacar su tristeza?
¡ah, fué tanta su aflicción,
que, en su desesperación,
se destrozó la cabeza
contra el siniestro peñón !

JULIO FLÓREZ.



REDEMPTIO

No lloréis al bardo que huyó de la vida
como estrella errante que rueda en la sombra
y deja en la noche luminosa herida!
¡No lloréis al bardo que huyó, siendo dueño
de las ilusiones, Príncipe glorioso
del alcázar azul del ensueño!
Y se fué, sin dejar que los años
abofetearan su frente de Apolo;
antes que la nieve de los desengaños
inundara con serpientes de plata
el ébano undoso de su cabellera!
¡Cayó, coronado por la Primavera,
como el árbol joven que al tajo del viento
se rinde, y envuelto en un manto de flores,
cual si fuese un hosanna de amores
exhala en perfumes su postrer aliento!

ALFREDO GÓMEZ JAIME.





Á JOSÉ A. SILVA

Tú, predilecto de los dioses, viste,
serena el alma y con esquivos ojos,
la fértil rama de laurel, los rojos
mirtos robados al Amor. Naciste
para llevar sobre la frente rosas
de aroma extraño y de misterio llenas,
para besar las sienes de las diosas
bajo los sacros pórticos de Atenas.

A tu velado gabinete, envuelto
en vaga red de hiedras tembladoras
—gala del rojo cortinaje suelto,—
viste llegar en las dormidas horas
en que al reír de alborotado coro
furtiva nota en los espacios yerra,
musa gentil cuya sandalia de oro
apenas rasa el polvo de la tierra.

Mas la guirnalda que tejó su mano
pobre la hallaste y sin matices; vano
fué su esplendor de juventud, que grata
sólo te fuera la corola inerte
en cuyos albos pétalos desata
soplo de aroma arrobador la muerte.

Sólo esa extraña viajadora esquiva
de frente blanca y de pupilas graves,
que el sueño infunde con sus labios suaves
y ama á la hermosa juventud altiva,
marcó tu asilo con su pie liviano;
y cabe el lecho, en el pesado muro
vino á colgar con sigilosa mano
su leve manto de crespón oscuro.

Regó en tu pecho sus guedejas blondas,
como surtida en amoroso dejo;

bañado el rostro en límpido reflejo
bajo el albor de sus miradas hondas.
—¿Por qué la noche—le dijiste—tarda?
Es para ti mi juventud gallarda,
mi pecho esquivo á los amantes lazos.
Ya no ambiciona mi apolínea frente
fácil lisonja de caricia ardiente;
quero dormir bajo la paz del cielo,
pero dormir en tus mullidos brazos,
libre de insomnio, en tálamo de hielo.

V. M. LONDOÑO.





NOVILUNIO

Tú anuncias:

«La Luna»

Y allá, muy lejos, sobre la cabeza de un monte la luna es; y cuando te vuelves á mirarme tienes los ojos llenos de luna; el horizonte está lleno de luna como tus ojos; una, dos, tres campanas riegan su angustia vespertina por la llanura donde la claridad empieza.

—Mira cómo se pone de triste la hojarasca.

—Mira cómo aquel árbol se cubre de tristeza: todo lo pone triste la luna.

Lentamente,

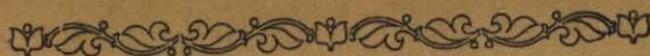
por la solemnidad de la pradera, va pasando una sombra. ¿No la ves, compañera? Una trágica sombra que da miedo; parece marchar hacia la luna, dolientemente sola, como alcanzando un sueño que se le desvanece.

—Es una alma esa sombra.

—¿Un alma?—Sí; la misma

que cuando el novilunio los campos aletarga viene á llorar discreta quién sabe qué amargura. Mira cómo se aleja, mira cómo se alarga la sombra de la sombra sola, por la llanura. Oye cómo los perros le aúllan, y las ranas le gritan al doliente fantasma taciturno; mira cómo se alarga la sombra... ¿Tienes miedo? Persígnate, que vamos á rezar el *Nocturno*.

J. MARTÍNEZ RIVAS.



JOSÉ A. SILVA

ENTRE los grandes poetas de la América latina á cuyo genial impulso débese el actual renacimiento literario de ese continente, descuella interesante como ninguna la exquisita personalidad de José Asunción Silva, el poeta aristocrático de las rimas deliciosas y amargas, el bardo amado de los dioses que en plena juventud, atediado con la vida y sintiendo que el ave corazón quería escapársele del pecho, angustiada con la estrechez de su cárcel, firme y sereno le abrió salida con su mano libertadora, que se crispaba ansiosa de rasgar los velos de lo desconocido.

Fué Silva un poeta verdaderamente genial. ¡A la novedad de forma y gallardía de sus creaciones juntábanse en él la intensidad de pensamiento y el encanto de esa secreta amargura que se deleitan en gustar las almas enfermas de divinas nostalgias. Nació Silva en Bogotá, capital de la República de Colombia, hacia mediados del año de 1860. Sus estudios universitarios fueron breves, pero él por cuenta propia prosiguió ilustrándose, ansioso de saber, ávido de conocimientos más en armonía con su espíritu artista y atrevido. Los estrechos moldes literarios de su época juvenil, no bastaban á satisfacerlo y eso que no contaba con precedente alguno que pudiera indicarle nuevos caminos. Su aticismo genial y lo refinado de sus tendencias le hicieron buscar en la selección de sus lecturas la flor más alta, los más delicados brotes de la humana idea. En un medio entonces adverso á toda iniciativa original que quisiera apartarse de la rutina implantada en la manera de juzgar el arte, Silva dió el primer paso en materia de renovación intelectual, y escudado con su talento y nutrido su espíritu con las revelaciones absorbidas en obras maestras, hizo conocer bien pronto sus raros versos musicales, de forma extraña, cuyo atrevimiento llenó de estupor á aquella burguesía literaria, que imperaba entonces con todo el peso de su carácter tradicional.

Los nombres de Mallarmé, Verlaine, Baudelaire, perdíanse entonces sin eco, casi desconocidos, en un ambiente asordado por el rumor de la fama de Hugo. Los ojos, acostumbrados al fulgor meridiano, no sabían apreciar los delicados tintes crepusculares entre la penumbra sugestiva, ni las delicuescencias de la luz bajo los rosales de la tarde. Entre los autores favoritos de Silva contábanse aquellos nombres en primer término; la sutileza y originalidad de ingenios semejantes, le impresionaron vivamente y fué él quien primero le hizo conocer en su patria.

Confiado en la bondad de su labor ó quizá tan sólo por arrullarse en su marfilina torre de ensueño con la divina música de la poesía, sin preocuparse por el efecto que pudiera causar el nuevo estilo, dió-

se á rimar sus visiones, sus desesperanzas; y en los ágiles ritmos de sus versos copió cadencias desconocidas, engarzó gemas de luminicos colores y cantó á la vida.

Por sus estrofas desfilaron las auroras de la niñez, los juegos infantiles; el Amor, el Desencanto, la Muerte. Toda la nostalgia de anhelos no cumplidos, toda la amargura de lo irremediable, flota en esos versos dolorosos y bellos como heridas que se trocassen en magníficas flores.

Entre aquellas de sus poesías referentes á la infancia, una de las más hermosas es la intitulada *Crepúsculo*. En ella revela Silva un vigor pictórico admirable. Su mano de artista traza los cuadros de las leyendas infantiles, con todo su sabor original, y evoca dormidas memorias, haciendo vibrar el corazón con el recuerdo de aquellas veladas de oro y rosa en que oíamos extasiados el relato de adorables idealidades, mientras llegaba á nuestros párpados el sueño en alas de los cuentos maravillosos. Es deliciosa: da la impresión real de la niñez aborta ante el prodigio de la fábula.

Midnight Dreams es otra de sus composiciones que tiene el don de inquietar el espíritu. El poeta duerme y los sueños de otra época se le aparecen; se acercan á él silenciosos y lo miran con sus ojos de sombra. Oye voces que ha oído no sabe dónde y ve caras que hace tiempo se ocultan entre la fosa. Un aroma indeciso llega hasta él como un fantasma y le habla del pasado. La péndola del reloj se detiene y un grave silencio impera en la habitación. Luego esos sueños, imagen de las esperanzas, glorias y alegrías que nunca fueron del poeta, se van alejando, y sin pisar los blandos hilos de la alfombra, sin el más leve rumor, se hunden y se desvanecen en las tinieblas.

Esos versos guardan infinita poesía de ellos emerge la tristeza como un llanto que se escapa silencioso; revelan además una concentración de pensamiento que es modelo de expresión subjetiva. Inútil es hablar aquí del inmortal poema llamado *Nocturno*, ya bien conocido y apreciado en el mundo de las letras; pero fuera de esta poesía, las tituladas: *Los Maderos de San Juan*, *Vejeces*, *Nupcial*, *Don Juan de Covadonga*, *Día de Difuntos*, y muchas otras que no citamos, son creaciones de alto mérito que algún día ocuparán el puesto que merecen, cuando reunidas en volumen, permitan conocer mejor al brillante y dulce poeta arrebatado en la flor de la vida por la mano de la fatalidad.

Aparte de sus versos, fué Silva un selecto burilador de la prosa. Una prosa tan galana, tan florida y dúctil, que ella sólo hubiese bastado para darle renombre.

Desgraciadamente, la obra de Silva, perdióse casi en su totalidad en el naufragio de *L'Amérique*, ocurrido en 1895 en las costas colombianas. A bordo de ese buque llevaba él, aparte de la mayoría de las composiciones de su *Libro de Versos*, varias obras en prosa, entre ellas algunas novelas, y la colección íntegra de sus maravillosos *Cuentos Negros*, que apenas fueron conocidos en veladas íntimas por los amigos del poeta. Por los fragmentos que han quedado de esa escogida labor, puede juzgarse de su mérito. La brillantez de estilo, el colorido de las imágenes, el atrevimiento y gallardía de forma unidos á la intensidad de la idea, hacen de esas páginas, hon-

das é inquietantes, algo que se aparta con el aletazo del genio, de ese similor de baratija con que los pequeños orfebres del idioma quieren aparecer exquisitos.

Como una de sus notas más altas pudiéramos citar un trozo del cuento *De Sobremesa*. En sus páginas, últimas que escribió Silva, flota un hábito de terror y de angustia. ¡Con qué vigor evoca la imagen de la Locura! ¡Con qué verdad refleja en sus palabras su tortura interior, la vibración dolorosa de todas sus fibras! Tienen además sus conceptos el valor inapreciable de la sinceridad, bien demostrada con la supremacía de su acto postrero.

Pocos días después de escritas esas líneas, el bardo, á quien nunca abandonaron la sonrisa y el aire discreto y dulce que lo caracterizaban, apareció en su lecho, pálido é inmóvil. Su hermosa cabeza, de rasgos aristocráticos y finos, descansaba muellemente sobre el almohadón, sin revelar con una contracción siquiera el dolor ó la agonía. Fué un último sueño, tranquilo y dulce. Quizá la rima postrera; la suprema expresión de su alma, aleteó entre sus labios empalidecidos, mientras se deshojaban en tibios pétalos sobre su pecho de Apolo las purpúreas rosas de la muerte.

El disparo del arma fatal no fué por nadie oído; el poeta ahogó bajo las sábanas el ruido de la detonación, y suavemente, sin perder un punto de modalidad caballeresca, se hundió en la sombra, sin estrépito, sin romper con una nota de vana puerilidad la armonía gloriosa de su vida.

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

Madrid, Febrero de 1908.



LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
LONDON

